

siente con una nomenclatura de especialista no entendible para el lector común.

El libro implica, en suma, una evidente superación de la intelectualidad criolla, frondosa en poesía, novela y cuento; pero magra en ensayo, género cuyo desarrollo requiere una disciplina que al chileno, de por sí desordenado, le cuesta aceptar.
—EDMUNDO CONCHA.



EL HAMBRE EN LA HISTORIA, por *Parmalee Prentice*

He aquí una obra admirable. Admirable porque ella estudia los pequeños grandes hechos que, por oscuros, habían sido olvidados por la historia. Parmalee Prentice, autor de esta «Hambre en la Historia» (1) comienza por afirmar, siguiendo a Malthus, que «las historias de la humanidad que poseemos, son por lo general historias de las clases superiores». Por eso, Parmalee arroja su mirada sobre las clases bajas, sobre ese oculto estrato social y procura presentarnos en forma amplia y sencilla—con esa rara sencillez de algunos escritores—la historia del hombre en el mundo de las necesidades y la de los pueblos en su lucha por la existencia.

Hasta aquí, parece que los investigadores han tenido vergüenza—es la palabra—de confesar a sus lectores que un día nuestros abuelos tuvieron hambre. Los pocos libros que sobre el particular fueron escritos, desaparecieron en el más ruinoso anonimato. ¿Quién conoce, por ejemplo, la obra de Johan Dominicus SALA, aparecida en 1628 y llamada DE ALIMENTIS? Y antes aun, en Inglaterra, sir Hugh Platt había escrito un manual sobre los «Diversos Remedios contra el Hambre» («Sundry

(1) E. Parmalee Prentice: «El hambre en la historia». Trad. del Dr. Fco. J. Cortada. Espasa-Calpe. Argentina, 1946.

Remedies against Famine»). Difícil es encontrar estos viejos libros, perdidos hoy en el polvo de algunas bibliotecas europeas. Parmalee, pacienczudo, nos ha ahorrado el trabajo de buscarlos. Ha sacudido el polvo de esas páginas seculares... Las ha leído vorazmente y nos ha entregado el fruto de sus lecturas.

Y la cosecha no es de despreciar.

Estos libros nos hablan de la lucha feroz que la humanidad ha debido sostener para adquirir el pan de cada día... Esta brega por el pan, que a nosotros nos parece atormentadora—que se renueva cada mañana y que cada anochecer nos bota rendidos al lecho—es sólo una pálida resonancia de lo que, siglos atrás, ocurrió en el mundo, cuando por la obtención de un pan se empleaba el cuchillo, el mazo o el guijarro.

Hoy el hombre lucha en grupos. Organiza ejércitos, sindicatos o clubes, y se mata colectivamente.

Antes el hombre estaba solo. Luchaba solo, y solo se moría.

No quiero discutir sobre cuál de los dos procedimientos es mejor o peor. Lo que quiero destacar es la falta de auxilio social que en el pasado hubo. «Se conoce lo suficiente relativo al espíritu de la antigüedad—dice el profesor Beard Brundy—para poder decir que no llegaba ayuda externa de otras clases sociales para las clases sociales que no tenían medio de pagar aquello que había sido ahorrado».

Otro investigador escribe: «Estas naciones antiguas que nos han dado los más sabios modelos de gobierno y los más brillantes ejemplos de patriotismo, no han dejado tras ellas mención alguna de que existieran casas de asilo u hospitales, o lugares donde la gente de edad avanzada pudiere albergarse o ser atendida de sus enfermedades».

¿Por qué esta situación?

La respuesta está en una decidora frase de Samuel Johnson: «El que desfallece de hambre se preocupa bien poco de cómo se alimentarán los otros».

Y es que en la antigüedad y en la Edad Media y, aun, en

los Tiempos Modernos, el hombre se alimentó con una exigüidad que espanta.

Recuérdese—por vía de ejemplo—que el ateniense contemporáneo de Pericles—ese que ágilmente ascendía las laderas del Pnix para allí discutir, votar y contribuir al gobierno de su pequeña ciudad—llevaba en su bolsa un puñado de harina, unas cuantas aceitunas y algunos higos que masticaba con fruición las ocho horas que duraba la asamblea. Cuando no salía de casa—cosa que ocurría pocas veces—la doméstica comida consistía en un plato de cereales hervidos llamado «sitos». La carne se obtenía sólo cuando se sacrificaban animales a los dioses. El vino se tomaba mezclado con agua, y un trozo de cerdo, de pescado o unas verduras, eran ya un lujo.

Conviene recordar aquí— como un paréntesis saludable— que el Emperador Augusto, del cual tantos esplendores se cuentan, no tenía vidrios en las ventanas de su palacio ni llevaba camisa...

Ya entrados en el siglo XVI, el canciller Tomás Moro afirmaba en su «Utopía»: «Quisiera atreverme a desear, no ya a esperar, que los labradores pudieran tener vidrios en sus ventanas y comieran carne una vez por semana».

Muchos contemporáneos de Moro, al leer estas palabras, justificaban plenamente el título que el escritor había puesto en su obra. Sí, Utopía era, en verdad, *atreverse* a desear que los labradores comieran carne una vez a la semana.

Y en pleno siglo XIX, Julio Michelet—historia viva de Francia—dice en una de sus obras que el estado de su patria en 1793—estamos en plena Revolución— no podrá ser nunca comprendido hasta que se haya escrito un libro terrible—«La historia del hambre». Y en el mismo siglo XIX, otro autor afirma, pensando especialmente en Francia. «Los tiempos de hambre eran antiguamente más calamitosos que en nuestros días y su azote era mucho más frecuente. Maret, el viejo, contó 10 hambres en el siglo X y 26 en el siglo XI».

Así, pues, cada 10 años, una hambruna implacable se dejaba sentir en los ámbitos de Europa. «El pueblo—dice un escritor—sufrió 20 años de hambre en el término de 200 años». Y en el siglo XIII, la proporción es la misma.

¿Y qué decir de las condiciones de vida del campesino? Ellas, sencillamente, conmueven.

Las viviendas de los labradores medioevales son débiles cabañas de tablas recubiertas de barro. Los techos, de juncos y cañas. La casa tiene un sola habitación—en casos rarísimos, dos—sin piso, sin cielo raso, sin chimenea, sin muebles, sin camas... Aquí los hombres nacen, viven, procrean y mueren, en promiscuidad con los animales. Por cierto que no hay desagües ni cloacas ni agua ni vidrios...

Sobre las hambrunas de la Edad Media hay abundante bibliografía. Baste recordar aquí el estudio de Emile Gebhardt titulado «Las Grandes miserias de Francia en el siglo XIV», que aparece en su obra «Los Jardines de la Historia», y algunos de los capítulos de la magnífica obra de Huizinga «El Otoño de la Edad Media».

De estos estudios se desprende un hecho digno de mención: las fugas colectivas—tan corrientes en el medioevo—tienen su origen, muchas veces, en las hambrunas. Se huye del mundo real. El tormento sin tregua empuja a los hombres hacia el oriente o hacia el tranquilo huerto conventual. Preferible es dejar sus huesos en los valles de Antioquía o dormirse en la celda del claustro, antes que perecer de hambre en medio de la lepra, de la guerra o del diablo.

El hambre empuja a las hordas famélicas hacia la lucha.

Y así son comunes en la Edad Media los ejércitos de hambrientos que—cual manga de langostas—deshacen a su paso cuanta cosecha encuentran o asesinan al que está ahito... Las iconografías medioevales abundan en motivos de esta naturaleza. Allí se ven multitudes de rostros desencajados, brazos sar-

mentosos, ojos violáceos y pechos enjutos, que alzan al cielo los puños y que con los dientes rechinantes, amenazan...

Abundantes testimonios sobre las condiciones de vida en la Antigüedad se encuentran en las canteras de Homero, Platón, Aristóteles, Plutarco, Virgilio y Petronio, y de los cuales ha extraído Parmalee ricos filones.

En la obra que comentamos—«El Hambre en la historia»—hay también provechosas noticias acerca de los elementos que ayudan al desarrollo económico, y por tanto, a la alimentación de la humanidad.

Se habla allí del arado.

También de la fuerza animal y su aprovechamiento por el hombre antiguo.

Los griegos tenían sistemas de enjaezamiento del caballo, que impedían que el animal desarrollara toda su fuerza.

El sistema romano también fué muy malo.

Por supuesto que griegos y romanos desconocieron la herradura (2). Cubrían los cascos del caballo con unas botas de fibra, las cuales se ataban a las patas con correas. Pero como el sistema fallaba constantemente, se buscaba con afán caballos con el casco duro, que por esto eran más caros, o se trataba de endurecer los cascos blandos.

En este aspecto, los siglos IX y X tienen una importancia grande. Es entonces cuando se utilizan por primera vez una serie de métodos, que permiten aprovechar al máximum la fuerza animal. Este hecho inició el movimiento que reemplazará la esclavitud por la servidumbre.

En fin, mucho podría decirse de esta magistral obra. Hay capítulos de indudable interés anecdótico, como por ejemplo, «¿Qué eran los banquetes en la Antigüedad?» o «Cinco siglos en la historia de las aves». Capítulos hay de apasionante actua-

(2) La herradura clavada al casco data, parece, del siglo IX de nuestra era. Apareció al mismo tiempo en Bizancio y en el occidente de Europa.

lidad científica, tales como. «Efecto de la miseria sobre la mente del hombre» o «Efecto de la abundancia sobre la mente del hombre». Y, por último, hay capítulos que se remontan hacia lo alto y enfocan arduos temas sociológicos, cuyo sólo enunciado promete horas de grata y provechosa lectura. Así, los titulados «Hambre, historia y democracia», «Fundamentos del mundo moderno» y «Trabajo manual e indigencia».

Vidas sórdidas. Hechos oscuros. Una historia edificada a fuerza de hambres, de sacrificios, de desalientos constantes y contantes recaídas. Así ha sido la historia del hombre. Sacrificio... He aquí la palabra que, creo, sintetiza más que ninguna otra la trayectoria del hombre. La cultura, pináculo al cual se llega después de una brega en que se desangran las manos y el alma, es sacrificio.

Por eso, permitidme que defina la cultura como sacrificio y que recuerde que esta opinión encuentra claros fundamentos en muchas de las páginas de Parmalee Prentie.—MARIO CÉSPEDES.



BOTELLA EN EL MAR, novela por *Juan Negro*.

La aérea y pura tradición poética de Juan Negro está irradiando sus gracias y hechizos en esta *Botella en el Mar* (1), que es un clarísimo testimonio de su imaginación de autenticidad creadora, tan alta en la glosa licuosa de humor de sus poemas objetivados, (si es que así podríamos designar los suyos al huevo, el ventilador, al espejo, etc.). Ahora, en la prosa—que es donde el poeta prueba sus espadas—, nada ha perdido de su prestancia lírica y aunque el relato le exige austeridad de verbo, por debajo, o por encima, de las palabras anda, resonando la flauta encan-

(1) Ediciones de la «Sociedad de Escritores de Chile», 1947. Prensas de la Universidad de Chile, 74 páginas.